

CESEDEN

EL ESTADO MAYOR Y SU FORMACION

"Las armas y las letras íntimamente unidas"

Conferencia dada por el general retirado alemán Hans Speidel con motivo del 100º aniversario de la creación de la Escuela de Estado Mayor de la Bundeswehr, recogida en la Revue Militaire Générale



Diciembre, 1967

BOLETIN DE INFORMACION Nº 21 - III

Es para mí un alto honor y una profunda satisfacción poder hablar en el décimo aniversario de la creación de la Escuela de Estado Mayor de la Bundeswehr; si bien, - pensándolo bien, el hecho de que transcurran diez años no es en sí motivo de fiestas.

Los problemas del mando y de su formación tuvieron desde siempre una enorme importancia.

El tema "el Estado Mayor y la formación militar" tiene muchas facetas y exige una mirada a la Historia, que Scharnhorst definía como "la gran maga, quintaesencia de la experiencia humana". Una mirada a la época de la fundación del Estado Mayor, de la Kriegsakademie se puede considerar como origen del Estado Mayor a la Academia Prusiana Técnica Militar fundada en 1804, o bien a la Kriegsakademie (Escuela de guerra) propiamente dicha, creada en 1810, casi simultáneamente con la fundación de la universidad de Federico-Guillermo en Berlín. En ambos casos se trataba de las mismas extraordinarias personalidades: Scharnhorst, Gneisenau, Boyen y Clausewitz, que imprimieron carácter a esta institución.

Scharnhorst, hijo de campesinos de la Baja Sajonia, había establecido dos ideas directrices: "el íntimo acuerdo de la nación y del ejército" y la introducción "de la auténtica idea de ciencia en el oficio de las armas", es decir, dominar el "oficio" y unirlo a la ciencia.

Un estado profesional, el del oficial científicamente preparado, que debía llenar el hueco existente entre "el técnico y el caballero", por lo que era necesario encontrar una nueva dignidad dentro de su esencia de ser soldado. Lo civil y lo militar debía ser acoplado en una unidad de espíritu mediante las exigencias políticas: "La dirección de la guerra, oficio del EM debe ser elevada a la categoría de ciencia".

La universidad debe ser ampliada para la formación científica de todos los servidores elevados del estado, incluyendo los oficiales.

"Los futuros embajadores e historiadores, profesores y estadistas, deben ser instruidos en las ciencias militares como en una parte imprescindiblemente integrante de su formación política".

La Escuela Superior de Karls-Schule del duque Carlos-Eugenio, en Stuttgart, que fue descrita por Schiller, ha sido considerada como un modelo en su clase. Allí fueron establecidos principios metódicos en la educación y formación de los "sabios oficiales". Scharnhorst exclama: "El hombre sin formación no es sino una fiera cruel".

Tanto el sobrio Scharnhorst, como el inquieto Gneisenau, aquél con su realismo

histórico y éste con la influencia de su gran personalidad, han aprendido a valorar los grandes acontecimientos históricos de la segunda mitad del siglo XVIII: El estado militar de Federico de Prusia y el resurgimiento de la nación francesa, sin "nostalgias del pasado" y dentro de una libertad interna, buscando la forma de sacar consecuencias - útiles para el futuro.

La obra de los reformadores sólo puede ser medida por quien dirige su mirada al contenido revolucionario de sus innovaciones y a la decisiva novedad de su concepción de la unión de la profesión del soldado con el ideal de la formación científica. Hasta este momento, tal idea había ido en contraposición con la historia. Ciertamente, ha habido siempre oficiales "cultos," Napoleón había sido hasta entonces el más acusado - ejemplo, pero la unión del oficial ideal con el ideal de formación había esperado durante mucho tiempo: aquí militar, allí soldado, aquí peligros y honores, allí bienestar y cultura, aquí soldado, allí estudiante.

Scharnhorst y Gneisenau aspiraron a cerrar este abismo entre vida militar y civil. Esperaban lograr, con su ansiada síntesis de las concepciones civiles y militares de la vida, una amplia consecuencia sociológica en la forma de "unión interna" de dos capas sociales un tanto artificialmente separadas. La gran meta de ambos renovadores fue una reforma verdaderamente democrática en el ejército. Ambos tuvieron a lo largo de su vida muchas relaciones con los mejores de entre los sabios y los poetas. Igualmente que para un príncipe Eugenio esta ocupación con las musas y la ciencia no significaba una distracción más o menos bella, sino más bien una acumulación de conceptos y una pausa, de donde extraía energías para la acción. Scharnhorst era un profundo conocedor de la obra de Goethe. Vdes. ya conocen la carta de Gneiseau a Goethe "En espíritu yo permanezco siempre a su lado", así como los versos de respuesta de Goethe "Las mayores ventajas tanto en la vida como en la sociedad las tiene un soldado culto".

Con el claro plan de enseñanza de la Escuela ambos transformaron sus pensamientos en acción y para ello buscaron el enlace con los mejores de todas las capas sociales y estamentos, buscando precisamente a la universidad, cosa que hoy falta. En tres cursos no sólo debían aprender táctica, estrategia y matemáticas, sino que "el profesor debe desarrollar con su auditorio los diálogos socráticos para orientar a sus alumnos a la reflexión de todo tipo y avivar su sentido de la justicia y de la verdad", además "los alumnos deben estar familiarizados con las concepciones de distintos y famosos generales para sentirse así inducidos a la concepción y a la reflexión". Aquellos generales deben ser sometidos a un completo análisis, para lograr un perfecto modelo, desde un punto de vista crítico "La libertad individual para poderse formar, adquirir conocimientos y superarse, realiza milagros".

Ernst Moritz Arndt describe a Scharnhorst como un hombre que no despierta - ideas, sino odas, Gneiseau permanece vivo en nosotros como "hombre musa", como un espíritu universal con un "arma de león" a la patria: "La seguridad del trono está basada sobre la poesía".

Estos creadores del EM han enderezado lo humano a tal punto que lo que antes

era inseguridad se ha transformado en su garantía de seguridad. Los conocimientos permanentes políticos, militares y de filosofía de la guerra, así como las reflexiones que se obtuvieron de aquella coyuntura, han quedado reflejados en la obra de Clausewitz.

Sus pensamientos básicos están permanentes en la Kriegsakademie y en la Escuela de Estado Mayor, nos son impartidos y nos obligan diariamente a nuevas reflexiones. Y en esto consiste precisamente la sana tradición.

Mientras que los reformadores estaban íntimamente unidos a la vida espiritual y supieron traspasar esta actitud intelectual al mando, al Estado Mayor, y a las tropas, en las siguientes décadas se caía en la reacción y el estancamiento.

El idealismo alemán, la época espiritual, a la que Scharnhorst y Gneisenau pertenecían, se extinguió. Comenzaba la época de la filosofía positivista y materialista. Sólo las Ciencias Naturales podrían pretender, para los adscritos a esta escuela, ser ciencias en el auténtico sentido de la palabra. Unido a esta visión de las cosas se introdujo en la ciencia como cortejo triunfal el método analítico. Todo era descompuesto en sus partes, las cuales sin alternativa posible tenían que pertenecer a una u otra categoría. Entonces se extendió una pura especialización con sus efectos de compartimentación; el método del conocimiento sintético aparece en el fondo de todo ello. El "espíritu del tiempo" amaba extraordinariamente las "claras" divisiones y señaló a la ciencia militar un puesto en la vecindad de las ciencias naturales. Cada vez en mayor medida se hizo visible una limitación de especialización en la formación interna y externa del Estado Mayor prusiano. Entre el soldado como "técnico" y el ciudadano como "laico" se volvió a abrir un abismo social.

Después hubo pocos cambios, cuando en 1857 el General Helmuth von Moltke -llegó a ser jefe de Estado Mayor. El mismo Moltke no tenía amplitud de miras; en su amplio espíritu había capacidad de reflexión, pero esta cualidad había contribuido más bien a introvertirle que a hacerle irradiar hacia los demás, como fue el caso de los reformadores. El pensamiento, investigación y planteamiento del Estado Mayor, se limitó desde entonces, al puro terreno militar, lejos del movimiento estructural del estado y de la sociedad, sin vinculación con la universidad ni con otros centros de cultivo del espíritu. El barón Colmar von Goltz, que más tarde fue mariscal de campo y el conde York von Wartenburg constituyen sólo excepciones individuales a la regla general. No dejemos de reconocer por ello la gran importancia de Moltke para la creación y organización del Estado Mayor y para la enseñanza clásica y operativa.

El conde Schlieffen vio un ideal en la severa especialización técnica, una inconsciente polarización en la formación de los oficiales de Estado Mayor que dio excelentes frutos en la magnífica máquina que fue el Estado Mayor alemán, desde el punto de vista técnico, en la primera guerra mundial, pero que dejaba al "funcionario" -valga la palabra- en una lamentable situación de inferioridad; por el contrario el conde Waldersee se ocupó de múltiples problemas políticos que nada tenían que ver con lo militar.

Así, la Escuela de Estado Mayor (Führungs Akademie) llegó a ser cada vez más

una escuela de especialistas, que se contentaba con problemas puramente militares y - que disfrutó de gran prestigio, tanto dentro como fuera del país. Pero la consecuencia inevitable fue un cierto aislamiento espiritual del Estado Mayor.

Después de la primera guerra mundial, los jefes militares responsables intentaron modificar este hecho. Reconocieron que los métodos usados hasta entonces llevaban a una misión exclusivista y única, que no podía ayudar a vencer los múltiples problemas militares. Hubo modificaciones por todas partes, nada quedó en su lugar habitual.

El general von Seeckt amplió el plan de enseñanza de la "Escuela de Formación de Auxiliares del Mando", nombre que tuvo que ostentar la Escuela de Estado Mayor después de la primera guerra mundial, con asignaturas de las ciencias filosóficas y, sobre todo, buscó un íntimo contacto con la política exterior; se introdujeron planteamientos y estudios al más alto nivel con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Más adelante se establecieron cursos para oficiales de Estado Mayor especialmente preparados, dirigidos por el general de Infantería Walther Reinhardt, en estrecha unión con la universidad y con las escuelas técnicas superiores, introduciéndose el estudio de los problemas que surgen de la sociedad industrial de masas.

Pero las circunstancias políticas no dejaron desarrollar plenamente los nuevos pensamientos. La subida al poder de Hitler empujó al mando de la Wehrmacht a una actitud defensiva restando energías y espíritu de reforma. En primer lugar lo importante era defenderse de los excesos del pensamiento totalitario, proteger al núcleo de oficiales ante el desarrollo de errores ideológicos. Este es el mérito especial del general Ludwig Beck, muerto el 20 de julio de 1944 y cuyo legado y cometido debe permanecer, ya que logró, en medio de aquellos tiempos turbulentos, organizar una moderna Escuela de Estado Mayor. Su lema para todas las cuestiones de organización era la frase de -- Scharnhorst: "La organización en sí es agua muerta, que sólo puede ser útil mediante la vida interior y la interna energía". La **contribución** de Beck a la educación y formación del hombre y del jefe militar jamás se limitó puramente a la esfera técnico-militar: "El mando es un arte, una actividad que descansa sobre principios científicos y que requiere libre capacidad creadora", escribió en 1932, en el preámbulo del libro "Mando". - Beck fue también el primero que creó en el Estado Mayor una sección para técnica de la defensa.

Sus palabras en la conmemoración del 125 aniversario de la existencia de la Escuela de Estado Mayor (Kriegsakademie), el 15 de octubre de 1935, continúan válidas en su significado. Sólo puedo recordar de memoria este párrafo "El cómo se han llegado a desarrollar los grandes genios militares de todos los tiempos, puede ser secundario. Lo que sí es seguro es que el camino de la enseñanza militar, para quienes aspiren a ser maestros en ella, estuvo y estará apoyada, especialmente en los últimos tiempos, en un trabajo intelectual progresivo, cuidadoso y penoso. En este sentido son válidas las palabras de Moltke: "El genio es el trabajo".

El pensamiento sistemático debe ser practicado y aprendido con desvelo. Nada sería más peligroso que una propuesta improvisada, no pensada hasta sus últimas conse-

cuencias, no importa que se aparte de lo genial, que ceda o no a lo que se desea. Lo que necesitamos es oficiales que en la búsqueda de las soluciones lógicas sepan ir hasta el final por el camino sistemático de la autodisciplina intelectual, cuyos nervios y carácter sean lo suficientemente fuertes como para hacer lo que les dicte la razón. "Un carácter fuerte", dice Clausewitz no es aquel que simplemente es capaz de fuerte excitación, sino el que en las circunstancias emocionales más fuertes permanece en equilibrio, de tal forma que, a pesar de las tormentas que estallan en su pecho, su inteligencia y sus convicciones realizan un delicado cometido, al igual que las agujas de las brújulas en los barcos agotados por la tempestad.

La sistemática del pensamiento no está en contraposición con la flexibilidad mental.

Y continúa Ludwig Beck:

"Para la comprensión de la esencia de la guerra y de su conducción será siempre una fuente inagotable la historia de la guerra, puesto que es imposible el llegar a conocerlo todo por propia experiencia. De ella dijo Schlieffen repetidas veces, que nos enseña cómo han sucedido las cosas, cómo tuvieron que suceder y cómo sucederán. Pero ya la historia de la guerra no puede continuar siendo estudiada sólo como la lucha de dos fuerzas armadas rivales, sino desde el punto de vista de la total potencia nacional del enemigo, por lo tanto también desde el punto de vista económico y espiritual. Que esto sea una urgente advertencia que han de tener en cuenta cuantos enseñan y cuantos aprenden de esta joven Wehrmacht para llegar a comprender la esencia de la guerra futura. La Wehrmacht en una futura guerra siempre representará solamente una parte integrante de las fuerzas que un pueblo necesita, si quiere afirmarse en una lucha a vida o muerte..."

Si se hubieran tomado entonces en consideración los postulados de Beck, sus exigencias de autodisciplina, razón y mesura, ¡cuánto sufrimientos se le hubieran ahorrado al pueblo alemán! Pero su llamada encontró tan sólo un oco limitado. La histeria y el fanatismo se extendían por todas partes y finalmente llegó la tragedia fatal.

¿Dónde nos encontramos hoy? ¿Sobre qué valores construimos? Sólo vacilantemente podemos aventurar la respuesta. Los viejos valores se han desechado, han perdido actualidad, y los nuevos, hasta ahora, sólo son visibles de una forma esquemática. - Nuestro indicador de caminos en la búsqueda de ideas directrices tiene que continuar siendo: el análisis de los problemas mundiales, el conocimiento del desarrollo técnico y económico, el conocimiento de lo histórico y político, el planeamiento y la prospectiva, la educación moral y la cultura. Estamos en tiempos nuevos: Nuestra época se ha procurado una nueva fuente de energía: la energía nuclear, salimos al universo, las distancias se acortan, pero a pesar de todo la intranquilidad permanece. Vivimos una circunstancia que no puede ser definida con arreglo a cánones del pasado. Las tensiones ideológicas determinan ampliamente nuestra existencia. Al mismo tiempo, la tensión ideológica política está superpuesta a un deseo universal de paz, de necesidad de tranquilidad, para una humanidad que busca la felicidad. Los conflictos bélicos son considerados cada

vez más como obstáculos al desarrollo, como fenómenos patológicos, que hay que impedir. En esta nueva dimensión se perpetúa la misión clásica del soldado; prevenir, disuadir e impedir la guerra. Sin necesidad de hacer un estudio excesivamente detallado se comprende que esta misión es el único medio existente que hay para superar la compleja situación en que nos hallamos.

Hay algo más que tener en cuenta al respecto; "El tiempo de los puros especialistas sin una amplia visión de conjunto ha alcanzado ya su cónit". En la ciencia moderna se manifiesta ya la liquidación de límites entre las distintas ramas aisladas.

¿Quién puede hoy levantar una barrera entre la física, la química y la biología? Hace tiempo que los fenómenos de la bioquímica, de la fotoquímica y del microcosmos nuclear han derribado tales límites artificiales. En el campo de lo nuclear el principio de causalidad ha cesado ya de ser válido; materia y energía no constituyen ya campos separados; aquí aparece un puente tendido hacia la metafísica, como ha expuesto Heisenberg. El número de contactos de una ciencia con otra es inmenso y con ello se empieza a borrar también la separación entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. - (Cada vez nos encontramos con más frecuencia en las ciencias con semejantes fenómenos como preconizaba Wagner en el mundo del arte, cuando hablaba de "la obra de arte total").

En esta situación nada sería tan desacertado como dar a los oficiales una formación de "simples especialistas", que sería basar esa formación en conceptos ya superados. Las formas mixtas de la ciencia moderna nos ofrecen un campo ideal para la educación de nuestro futuro jefe militar: por razón de su visión global implícita, que se aparta de estrechas compartimentaciones pseudocientíficas, del pensamiento, porque esas formas llevan en sí un principio de buen acuerdo que, saltando por encima de los límites nacionales, mueve a la cooperación internacional y sobre todo porque la ciencia del presente nos ofrece un fundamento natural para salvar la antinomia entre lo civil y lo militar. En los campos de la investigación, del desarrollo técnico y en los métodos de utilización de las economías globales en las esferas civiles y militares no existe ya la crasa diferenciación, que anteriormente parecía separar ambas jurisdicciones. Igual ocurre con el transvase de las funciones de mando entre lo civil y lo militar: la actuación en las situaciones de crisis, el control de armamentos, la dirección de la guerra psicológica, el desarme, son todas ellas cuestiones en que se solapan la actuación de los diplomáticos, los políticos y los militares. Es necesario preparar a nuestros mandos militares del mañana para que sirvan los cometidos que les impone nuestra Constitución y puedan ser un instrumento útil de la dirección política superior.

¿Qué significan para nosotros estas miradas históricas al pasado, con relación al presente y al futuro? La reflexión histórica nos ayuda a buscar una nueva orientación y puede enseñarnos a comprender mejor el presente. Nosotros, los que también dentro de nuestro microcosmos tenemos la orden de crear, de hacer surgir un nuevo mundo del caos, podemos medir la importancia que tiene precisamente este estudio en orden a constituir estructuras creadoras. Ni el limitarnos a partir de valores totalmente nuevos, ni el aferrarse al pasado exclusivamente resultaría eficaz. Nosotros no queremos ir contra

la Historia, sino aceptar su observancia como categoría de lo creativo. El Vietnam da un ejemplo actual no sólo respecto al intercambio de relaciones entre el mando político y el militar, sino mucho más aún de la total penetración y dependencia mutuas. Allí el simple concepto de mando militar en operaciones de mayor o menor envergadura, parece totalmente superado. Una política que tiene que trabajar con los sutilísimos conceptos de escalada y desescalada, para impedir, también en total beneficio propio, una catástrofe, obliga a la estrategia militar, y a veces hasta a la táctica, a modificar y adaptar sus métodos.

Es seguro que en la acción del mando se experimenta una profunda transformación desde la segunda guerra mundial. ¿Lo ha sabido valorar exactamente nuestro mando? ¿Estamos en condiciones de deducir las debidas consecuencias?

Después de dos guerras perdidas ha surgido entre nosotros una comprensible animadversión de la juventud, y también en parte del pueblo, contra lo militar. Profesores y alumnos se apartan a menudo, en aras de una excesiva libertad de investigación y de enseñanza de todas las exigencias de la defensa nacional y desgraciadamente nosotros no tenemos una declaración de conferencia de rectores de universidad semejante a la celebrada en Viena el 30 de enero de 1964, en la que los profesores austríacos dijeron:

"La conferencia de rectores reconoce unánimemente la necesidad de una defensa espiritual del país, bajo cuyo concepto hay que comprender todos los esfuerzos que apuntan a despertar, fomentar y mantener la preparación espiritual de los ciudadanos para la defensa de Austria". Con esta declaración la conferencia de rectores del país vecino reconoce claramente que la defensa del país es una legítima tarea del estado y también una obligación de la ciencia. En otro de nuestros países vecinos, Suiza, ocurre exactamente lo mismo. La conferencia de rectores austríacos dice explícitamente:

"El principio del método científico permite también a la Universidad asesorar al Estado mediante los medios de enseñanza e investigación puestos a su disposición".

Yo puedo apelar a nuestras universidades y escuelas superiores, con pleno reconocimiento de su libertad de investigación de enseñanza, para que se percaten de la necesidad de su contribución intelectual a la defensa del país, y muestren un sano espíritu realista, un sentimiento de responsabilidad política que a todos nos afecta. Las cuestiones de seguridad y defensa debieran ser estudiadas en el marco común de las universidades y escuelas superiores. Desgraciadamente, estamos aún muy lejos de un orden mundial pacífico y conocemos la antiquísima antinomia de la "razón y la violencia", que quizás podrá ser superada por la política algún día.

En el extranjero, y por ejemplo en los EE.UU., la unión de la universidad, de las escuelas técnicas superiores, Estado Mayor y centros de armamento suele ser, por el contrario, muy estrecha, además contribuye en gran medida a la defensa del país, la investigación de las ciencias naturales y de la tecnología.

Los medios que emplean para estos fines las escuelas técnicas superiores de Francia, EE.UU., Inglaterra y la URSS, por citar unos cuantos países solamente, son enormes; se trata de una investigación de cometidos de primera magnitud que se corresponde con una extensa investigación básica. En las ciencias del espíritu se tratan cuestiones de mando militar, de la defensa a la luz de la historia, de la ciencia política, del derecho -sobre todo del derecho internacional y de gentes- de la pedagogía, la psicología y la filosofía en su más elevado nivel. El extranjero ha tratado estos problemas mediante cátedras en universidades y escuelas superiores, o mediante fundaciones de instituciones estatales o privadas. Hay intercambios de opiniones entre los científicos. ¿Con qué contamos nosotros en este terreno? El oficial, y sobre todo el Oficial de Estado Mayor, pertenece a profesiones dirigentes y por lo tanto hay que hacer todo lo posible para su debida formación e instrucción. Nosotros sabemos, como dijo Max Weber, que "tiene personalidad en el terreno científico solamente aquel que sirve para la empresa".

Un estudio superior de carácter suplementario para oficiales, especialmente para oficiales de Estado Mayor capacitados para ello, es una exigencia correcta y legal. Este estudio lleva en sí, junto a la ganancia espiritual que ello supone, una íntima unión entre la investigación científica y la defensa.

También el oficial, el oficial de Estado Mayor, puede ofrecer a la juventud la imagen de alguien que se ocupa por la conservación de la paz. En el centro de los campos de tensión de un mundo en crisis se encuentra la posición del oficial. Sólo un amplio saber y una profunda formación le capacitarán para realizar sus cometidos en las unidades y en los cuarteles generales. Solamente así se podría extender por todas partes, de una forma permanente y fundamentada, la verdad sobre las cuestiones de defensa y abandonar toda ilusión sobre lo que sería una guerra en la era atómica: que sería la premisa para suprimir la desconfianza, como ha exigido también Carl Friedrich von Weizsäcker.

Yo he recomendado la conveniencia del estudio de las ciencias filosóficas, que han venido siendo hasta ahora una especie de hijastros en la formación militar. Pero la complejidad de las relaciones y con ello la falta de predisposición del hombre moderno hacia esas ciencias, ya que la influencia de la revolucionaria técnica sobre él es muy acusada y aún no se ha logrado dominar espiritualmente de manera total a la técnica, alcanza también a la formación militar y a su inclinación respecto a la técnica y a las ciencias naturales. No sólo la Aviación y la Marina, sino también el Ejército de Tierra están sometidos a la cambiante marea del desarrollo técnico.

En nuestra época atómica y técnica y como fundamento para su concepción, planeamiento y dirección de la guerra, de la investigación y desarrollo de la técnica y de las ciencias empíricas, el Oficial de Estado Mayor debe conocer los fundamentos científicos para poder juzgar lo que puede o tiene que llevarse a cabo. Tenemos que reconocer serenamente nuestro retraso sobre importantes campos de las ciencias aplicadas, así como también con respecto a la investigación de principios.

La formación y el saber son no solamente expresión del valor general de una per

sonalidad en el sentido de su inventario de conocimientos, sino que se manifiestan como fundamento decisivo para la justa apreciación de determinadas situaciones de mando. - La formación y el saber -debidamente comprendidos- no llevarán a la disipación de esfuerzos.

Evidentemente, es imprescindible al oficial el genio innato. La formación no puede sustituir al carácter y al talento, pero sí puede completarlos y enriquecerlos. La formación permite la independencia de juicio, la soberana visión general del todo; pues, como dijo Federico de Prusia, "el cuidar los detalles no está exento de gloria".

No sólo es la bomba atómica la que da a EE.UU. la supremacía en las disputas internacionales. Desde luego que esta realidad tenemos que tenerla en cuenta, pero no debiéramos aceptar a la Comunidad Atlántica como una protección, dejándonos así considerar como simples objetos del planeamiento de los demás. Tenemos que aportar nuestra contribución a la solución del candente problema; esto no sólo es legítimo, sino - que esperamos sea así. Para aportar esta contribución se necesita de oficiales ampliamente formados, se necesita de instituciones que ayuden a reflexionar sobre estas cuestiones al gobierno, al parlamento y al mando militar. En esta época de rápidos cambios, de la automatización, de la explotación de la energía atómica necesitamos soldados competentes y sólidamente formados, funcionarios, científicos, ingenieros y médicos, para investigación, desarrollo, ensayo y producción de armas y aparatos dentro de la conferencia y de la cooperación. La misión del Oficial de Estado Mayor será, - continuará siendo, presentar necesidades, llevar las mejores soluciones al citado equipo de personalidades y desarrollar formas del mando que se correspondan con las modernas exigencias, adecuándose a la **aceleración** del actual ritmo de combate en tierra, - mar y aire; sólo un ejemplo: en el combate de la aviación se trata de conseguir una automatización sumamente avanzada en la captación de datos, su rápida transmisión y valoración paralelamente con un empleo operativo centralizado desde puestos de mando - fijos. Ustedes pueden decir que tales exigencias son excesivas. Pero es imprescindible desarrollar la capacidad de reconocer lo que es esencial, mediante unos principios sólidos y razonables, para transformarlos rápidamente en hechos, que son los que cuentan. Sin un cierto optimismo, libre del estéril escepticismo que hoy todo lo envuelve, sin la voluntad de conocer lo esencial, sin la voluntad de la acción, jamás llegaremos al cumplimiento de nuestros cometidos. Todos nosotros conocemos, sin embargo, los **imponderables** de la acción.

Un núcleo de actividades del Estado Mayor debe estar en íntima cooperación, - con la política y con la economía ya desde el planteamiento, bien sea en el terreno estratégico, táctico u operativo. Los dominios de las técnicas de organización y el estudio de la "marcha del mecanismo militar" han recibido, en mi opinión, una nueva y modernizada forma con los sistemas de equipo. También la fase de planeamiento da lugar con frecuencia a adoptar decisiones básicas. Se nos presenta aquí el concepto de equipo. Trabajo de equipo, de parte integrante, de comunidad, camaradería. El cumplimiento de las misiones intelectuales -y en ellas incluyo los aspectos técnicos de las - ciencias naturales- sólo puede ser resuelto mediante el trabajo colectivo, en constante y mutuo aprovechamiento, en una amistosa predisposición al debate, en un incesante

dar y recibir, por lo tanto, con una franqueza y humanidad interdisciplinaria equivalentes, que esté libre de toda ambición personal.

"Los oficiales de Estado Mayor no tienen nombre" esto no significa anonimato, sino abnegación.

Nosotros, los soldados, no somos "autónomos" como erróneamente se ha creído - con frecuencia. Hoy, el Estado Mayor no puede ir retrasado en el desarrollo intelectual y técnico, tiene que actuar para conseguir que todo el pueblo considere como suyos los problemas para la paz y para la defensa. La moderna camaradería, la responsabilidad compartida, la libre voluntad de cooperación son, en esta época de gran mecanización, deberes morales. Pero esto no puede degenerar en una administración en el sentido peyorativo de la palabra. El aparato técnico empleado en los modernos sistemas de dirección actúa como una inflexible institutriz para la formación intelectual, pero no puede excluir el calor humano. Las decisiones en que el mando empeñe su responsabilidad personal, jamás podrán ser sustituidas por los medios técnicos; factores imponderables, como por ejemplo voluntad de vencer el comportamiento del enemigo, la capacidad de resistencia, etc., sólo pueden ser incluidos dentro de lo aleatorio en el proceso de elaboración de la decisión.

En esta época atómica, en la que lo humano comienza a desaparecer tras el computador, sólo pueden mandar o dirigir espíritus universales, que por razón de su formación intelectual pueden valorar a fondo la cuestión técnica. Las complicaciones y especializaciones aún no desechadas dentro de las fuerzas armadas y las tendencias centrífugas que ello implica pueden ser superadas mediante estrecha coordinación sobre los diversos niveles de mando. Aquí tenemos una de las tareas esenciales del Oficial de Estado Mayor: el asegurar la unidad de mando bajo los condicionantes de la época técnica y atómica. El carisma del consagrado para el mando es despertar la capacidad de sus colaboradores en auténtico trabajo de equipo y capacitarles para insospechados logros. "En último término, es el hombre quien vence". Aún resuenan las palabras de un Scharnhorst y de un Gneisenau, los fundadores del Estado Mayor que despiertan en nosotros los mismos cuidados por el hombre y por la dirección humana, básica para nuestra responsabilidad occidental común. Aquí se plantea a ustedes el difícil cometido, en un país de ruptura de tradiciones, de encontrar una síntesis entre la sana tradición, lo permanente de la historia, la marcha del presente y las exigencias del futuro.

No olviden jamás que el soldado tiene que sentir el por qué lucha, en el corazón, sólo así, señores míos, dominarían la técnica y los espíritus. Vayan ustedes siempre, para decirlo con las palabras de Clausewitz, "con calor dentro del espíritu de ideas del mundo joven, que les rodea".

En nuestra época tecnológica el espíritu ha de permanecer libre, que la formación y la instrucción sirvan a todos los aspectos, no sólo a los materiales, sino mucho más a un ennoblecimiento de la personalidad. El jefe militar tiene que permanecer libre de espíritu y fuerte de carácter, tiene que ser más Fortinbras que Hamlet.

En su desvelo por la formación y el saber piensen en las palabras de Pericles:

"Amamos la belleza y el espíritu, pero conocemos también la medida y estamos siempre dispuestos a la acción".

- - - - -